

condiciones estipuladas, se ingenió entonces lo mejor que pudo en hacer una magnífica acogida á Galeazo Maria (1464); pero él se presentó con un traje de una sencillez afectada, y medio amenazador, medio intimidado, se alojó en el castillo. Descontentos los genoveses hicieron, pues, ofrecer á Luis XI entregarse á él. *¡Pues bien! yo, respondió, los doy al diablo (1478).*

Reputados los suizos desde entonces por invencibles, se dejan echar á perder por el orgullo, por las lisonjas de los príncipes, por el oro y el lujo de los extranjeros. De aquí la corrupción en los consejos, la manía de las expediciones y guerras, y que la bravura se hiciese venal; los magistrados alistaban á los acusados que se les entregaban para juzgar, y los mandaban después á pelear; en fin, el mismo gobierno vendió batallones á los extranjeros. Habiendo cortado los milaneses uno de sus bosques, una banda de hombres de Uri corrió á Bellinzona; pero apaciguados por Cicco, juraron no inquietar el ducado. Sixto IV los absolvió del juramento, y les envió el estandarte bendecido de San Pedro, para que fuesen á defender al padre comun de los fieles, y ayudar á los señores lombardos á devolver la libertad á Italia. Fueron en el rigor del invierno (1479), y derrotaron en Gior-

nico las fuerzas ducales; después se concluyó la paz bajo condiciones estremadamente ventajosas.

Luis el Moro.—Los tíos del duque, ayudados por los sacudimientos exteriores, volvieron á levantar cabeza, y de regreso en Milan, destituyeron de sus empleos a Simoneta, á quien hasta hicieron dar muerte (24). Arrojaron después á la duquesa, á pesar de que su debilidad le hacia poco temible, y Luis el Moro fué regente en nombre de su sobrino (1486). Pero allí no se detenían sus deseos; rodeado de sus hechuras, meditaba desembarazarse de Juan Galeazo para reinar en su lugar. Ahora bien, como tenia necesidad para ello de que la Italia se trastornase, apeló á Carlos VIII, de cuya expedicion datan una serie de reveses para aquella Italia, cuya peor desgracia es tener siempre desgracias nuevas.

(24) El duque le creia inocente, y en una carta suya que existe en el archivo de Milan, escribe: «La causa principal de su muerte ha sido el señor Roberto (Sanseverino), el cual por su índole perversa y maligna, y por la enemistad y encarnizado odio con que habia perseguido siempre á M. Cicco, dedicó todo su cuidado y pensamiento á hacerle morir, no descansando hasta que vió cumplido su intento, como vos, M. Hugo, sabeis demasiado,» etc.

CAPÍTULO XIX

TOSCANA.—LOS MEDICIS.

Hemos seguido las vicisitudes de la Toscana desde el momento en que los florentinos se dejaron adelantar por los pisanos en la adquisicion de Luca, y fueron derrotados en la Ghiaja, queriendo recobrar aquella ciudad (1). Los desastres públicos dan siempre vigor al partido popular, en atencion á que encontrándose cada uno precisado á contribuir con sus propias fuerzas á la reparacion, aprende á conocerlas y quiere ejercitarlas. Con objeto, pues, de abatir el poder de los nobles, habian facilitado á los siervos los medios de emanciparse, ora admitiéndolos en los concejos, ora sosteniéndolos en sus diferencias contra los ricos; después se instituyó un capitán de la guardia ó conservador del pueblo, con cien hombres de á caballo y doscientos de á pie; magistrado que sin estar obligado á obedecer las órdenes de justicia, no tenia que dar cuenta sino á los priores de las artes. El primero fué Jacobo Gabril, de Gubbio, que, severo y tiránico, oprimió á los nobles en interés de la plebe, procurando privarles de los castillos que poseian á veinte millas en contorno de la ciudad, proscribiendo á algunos de los Bardi y Frescobaldi, que intentaban hacer una revolucion, y haciéndose aborrecer de tal manera, que después de haber espirado su magistratura, fué decidido que ningun Gubbio seria en adelante elegido para los cargos públicos.

Duque de Atenas.—Descontentos de la lentitud de los magistrados y de la pérdida de Luca, los florentinos confirieron el señorío á Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que se hallaba á sueldo suyo (1342). «Ni habilidad, ni mérito militar, ni larga amistad, ni el mérito de los servicios, ni sus afrentas vengadas, sino antes bien sus grandes

discordias» (2), reducian á los florentinos á sufrir la dominacion de este extranjero. No menos avaro que ambicioso, procuró aprovecharse de las pasiones de todos los partidos y engañarlos á todos, mostrándose pérfido, obstinado, sin piedad y sin fe. Por un lado la antigua nobleza, excluida de los negocios y blanco de los cargos de un poder que no poseia ya, y por el otro ricos vecinos, dominadores orgullosos y detestados, para vengarse del aborrecimiento y del recelo que les inspiraba la plebe, escitaron á porfia al duque á usar del rigor; pero él lo descargó particularmente contra ellos, haciendo revisar los antiguos procesos de los que habian especialmente manejado las rentas del concejo. Obtuvo, halagando á los nobles y á la muchedumbre y favoreciendo á sus partidarios, el entero señorío sin límites de tiempo y sin restricciones (1343). El libro de las ordenanzas de justicia y los estandartes de los gremios fueron quemados; Arezzo, Pistoya, Colle, San Geminio, Volterra, siguieron el mismo ejemplo; y el duque rodeado de mercenarios franceses y borgoñones ejerció la tiranía. Pesados impuestos, juicios intencuos, lujo en festejos y abusos del poder, esto fué lo que proporcionó Gualtero; rodeado de franceses deseosos de botin y de mujeres, exigia rescates á los deudores del Estado para llenar sus arcas, y castigaba sin piedad á cualquiera que vituperaba su gobierno; así un cronista concluyó su relato diciendo: «Mis queridos ciudadanos, guardaos de entregaros á un tirano.» (3)

Gualtero se alió con los pisanos, con los Escaligeros, con la casa de Este y con los Pépoli, bajo la garantia reciproca de sus Estados; al mismo

(1) Véase antes, pág. 27.

(2) Carta del rey Roberto al duque de Atenas.

(3) *Ricordi de FELIPE DE CINO RINUCCINI.*

tiempo daba los empleos á gente de baja esfera, excluyendo á los hidalgos. Así obtuvo la reputacion vulgar de democrático, pero le duró poco, como sucede siempre con las reputaciones vulgares. Habiéndose aumentado su dominio, los grandes, los vecinos ricos y los artesanos formaron tres conjuraciones, ignorando los unos las de los otros y gritando: «¡Viva el gobierno popular, libertad! asaltaron el palacio del duque. Los partidos se reconciliaron, y el arzobispo interpuso su mediacion para verificar un acomodo, pero el duque se retiró. Guillermo de Assis, Cerrettieri Bisdomini y otros miserables, dispuestos siempre á prestar ayuda á los tiranos y á escitarlos contra su patria, fueron asesinados con una rabia tan furiosa, que se llegó hasta á devorar sus carnes. El día de santa Ana fué declarado día festivo como la Pascua, y aun hoy día se ven flotar en la iglesia de San Miguel del Vergel, las veinte y una banderas de las artes en memoria de aquel acontecimiento.

Los florentinos recobraron por dinero muchas plazas fuertes, cedidas á otros por el duque de Atenas; pero Pistoya, mirada como aliada, aunque esclavizada en realidad, tomando ejemplo de aquella que la dominaba, arrojó al capitán y la guarnicion que la imponía. Arezzo, Colle y San Geminio, recobraron también su independencia; Volterra volvió á Octavio Belforti, y Siena, que conservaba su libertad, hacia entrar en razon á la nobleza campestre.

Para establecer nueva forma de gobierno en Florencia, se nombraron catorce diputados con el arzobispo y como todos habian contribuido á derrocar la tiranía, decidieron que los grandes tendrían una tercera parte de los empleos; pero apenas levantados de su primitivo abatimiento, no pudieron conservar la moderacion civil, y no quisieron sufrir ni iguales entre los particulares, ni superiores en los magistrados: creciendo por una parte la insolencia, y por otra la irritacion del vulgo, se insurreccionó éste contra las familias ilustres, derribó sus palacios y se reorganizó el gobierno de la plebe. Fué dividida la ciudad en cuatro distritos en vez de seis que antes tenía (4). Los nobles quedaron excluidos de las magistraturas; pero después disminuyó este rigor, y admitieron entre los ciudadanos á muchas de aquellas familias, reformando las ordenanzas de justicia que les eran perjudiciales. «Y nota y recuerda, lector (dice el buen Villani), que nuestra ciudad, en poco más de un año, ha tenido bastantes trastornos, y que ella ha cambiado cuatro veces de régimen. En efecto, antes que el duque de Atenas fuese señor, era la clase rica la que gobernaba. Como se portase mal, llegaron por su falta á la tiránica señoría del du-

(4) Instituyéronse en aquella época (1344) los *vigilantes*, para dar la voz de alerta en los casos de incendios. Uno de ellos estaba en vela y tocaba la campana cuando notaba señal de fuego.

que. Cuando fué arrojado, los grandes y los vecinos gobernaron juntos, lo que duró poco tiempo y produjo una gran tempestad. En el día estamos en el caso de ser regidos casi por los artesanos y el pueblo bajo. ¡Ojalá sea para la exaltacion y la salvacion de la república! Pero tengo temor de que suceda lo contrario por nuestros pecados y faltas, tanto porque los ciudadanos están desprovistos de todo amor y caridad entre sí, como porque también subsiste siempre aquella maldita costumbre entre los gobernantes de prometer bien y obrar mal.»

Durante aquel tiempo habian continuado las guerras parciales, y las assoladas campañas habian sido precisadas á pedir socorros á la ciudad. Pronto volvió, sin embargo, la prosperidad; la industria en el interior y los bancos fuera, produjeron la opulencia, y el Estado, cuyas posesiones se habian acrecentado, y cuyas rentas florecian, se encontró bastante poderoso para tomar una parte activa en los acontecimientos con que se encontraba agitada toda la Italia. Florencia enviaba á Venecia para sostener la guerra contra Mastino de la Escala (1335-1338) veinte y cinco mil florines de oro al mes; sostenia además mil caballeros á su sueldo, y guarniciones en las plazas y castillos fuertes, de los cuales se contaban diez y nueve sólo en el único territorio de Luca, uno en Arezzo, en Pistoya y en Colle. Cuarenta y seis ciudades amuralladas le obedecian, sin contar las plazas abiertas y las que pertenecian á ciudadanos. Las rentas directas no eran considerables; pero los impuestos indirectos ascendian á 300,000 florines al año, es decir, más de lo que tenían los reyes de Sicilia, Nápoles y Aragon. Contentábanse sus magistrados con el honor y la satisfaccion de servir á la patria. El sueldo de los caballeros cesaba en la paz; el gasto no escedia entonces de 40,000 florines de oro, comprendiendo además de la totalidad de empleados, las limosnas hechas á los frailes y á los hospitales, las fiestas dadas al pueblo y á los extranjeros ilustres, así como el sostenimiento de los leones, animales no menos apreciados de los florentinos que de los venecianos.

Contaban veinte y cinco mil hombres en estado de llevar las armas, de quince á setenta años, entre los cuales no se encontraban más que mil quinientos nobles y grandes propietarios, y sesenta y cinco caballeros, equipados segun las instituciones democráticas. La ciudad encerraba habitualmente mil quinientos extranjeros, y el conde reunió ochenta mil habitantes. Como no existia entonces la costumbre de llevar en las iglesias registros de bautizados, se depositaba en el único baptisterio de San Juan una haba negra por cada niño varon, una blanca por las hembras; y se calculaban de esta manera los nacimientos de cinco mil ochocientos á seis mil al año. De ocho á diez mil niños seguian las escuelas de lectura; de mil á mil doscientos las de aritmética; cerca de seiscientos las de lógica y gramática. Aunque la industria deca-

yó un poco, en atencion á que la Inglaterra comenzaba á trabajar, doscientos talleres estaban en actividad para las telas de lana; fabricaban de setenta á ochenta mil piezas al año, de un valor de 1.200,000 florines, y hacia vivir á treinta mil personas. Veinte almacenes de telas extranjeras sacaban anualmente para lo exterior más de diez mil piezas, sin contar las que mandaban á las demás ciudades del territorio.

Mucho podria decirse de la magnificencia de sus edificios, así es que Juan Villani afirma «que un extranjero que llegase por primera vez, creeria, al ver los soberbios edificios que á distancia de tres millas rodeaban la ciudad, que formaban parte de ella como en Roma, sin hacer mencion de los elegantes palacios, torres con sus patios y jardines circuidos de murallas, situadas á mayor distancia y que en otros paises serian llamados castillos.» (5) En el mes de noviembre de 1333, el Arno salió de madre con tanta impetuosidad, que arrastró tres puentes y destruyó las pesquerías, murallas, habitaciones, causando un daño incalculable. Ocupóse Florencia después en poner remedio á ello. Ciento cincuenta mil florines de oro se gastaron sólo en las reparaciones, y casi al mismo tiempo construyó el magnífico palacio sobre las logias de San Miguel del Vergel; echó los cimientos de su admirable campanario, mientras que proseguia una desgraciada guerra para la adquisicion de Luca y otra contra Mastino de la Escala.

Aquel floreciente estado decayó luego con las discordias civiles, la tiranía del duque de Atenas, la corrupcion de las costumbres libres (6), y en

(5) Lib. XI, 91, 92, 93.

(6) «Los antiguos moderados y virtuosos, que acostumbraban regir y gobernar la república en una gran libertad, con actos juiciosos y providencias diligentes, administraban aquella en tiempo de paz y de guerra, no perdonando las faltas que se cometian contra la patria, ni dejando sin recompensa las buenas acciones que se ejecutaban en beneficio y honor del concejo. Es, pues, de admirar cómo se conserva en nuestros tiempos la ciudadanía, careciendo de las antiguas virtudes y régimen: y en lugar de aquellos patricios, que despreciaban sus comodidades por aumentar las del concejo, se encuentran usurpadores del gobierno con indebidas y deshonestas solicitudes y argumentos, hombres advenedizos, sin objeto ni virtud, y de ninguna autoridad en su mayor parte, los cuales, después de adoptar el régimen del concejo, trabajan tan asiduamente en su provecho y el de sus amigos, que se olvidan de lo que es ventajoso á la república. No hay quien piense en ésta, ni en su libertad, ni en su engrandecimiento, ni en su honor, ni en remediar el peligro que pueda sobrevenirle, sino en el último día ó cuando el daño es ya inevitable. Este es el motivo de que ocurran á menudo graves casos al concejo, y nadie se avergüenza de haberle hecho mal, ni sufre por ello pena alguna, siendo de consiguiente admirable que se mantenga en pié la república. Pero los discretos de nuestra época opinan que esto es debido á una gracia singular de Dios, pues en medio de tantos ciudadanos y religiosos, aunque los más sean malos, hay bastan-

tes virtuosos y buenos, cuyas oraciones preservan la ciudad de muchos peligros. Por lo demás, la gente es preciso tenga algo de católica y limosnera, pues que Dios la conserva, fuera de que las ordenanzas dadas á la masa del concejo por nuestros mayores, y el régimen administrativo establecido por las leyes que se han conservado, contribuyen en gran manera al sostenimiento del Estado. Aunque los indignos usurpadores del poder sean muchos, aunque se encuentren mal dispuestos en favor del bien comun, y ocupen, solícitos de su propia ventaja, la libertad civil, sin embargo, el plazo de dos meses concedidos al supremo empleo del priorado es tan breve, que sirve de contrapeso á la arrogancia individual: ésta es reprimida también no poco por la compañía de nueve priores. Con todo, no pueden corregir la continua falta de prevision y cuidados públicos.» M. VILLANI, IV, 69.

fin, por muchas quiebras. Los Bardi, ricos banqueros de Florencia, habian prestado en 1345 al rey de Inglaterra con interés 900,000 florines de oro, y 100,000 al rey de Sicilia; los Peruzzi 600,000 al monarca inglés, y 100,000 al príncipe siciliano. Como el rey de Inglaterra no pudo pagar ambas cosas, suspendieron sus pagos: los Bardi dieron setenta y ocho por ciento á sus acreedores y los Peruzzi mucho menos. A estos desastres, que causaron más mal que las derrotas sufridas (7), llegó á unirse una peste que quitó la vida á cien mil personas (1340), corrompió las costumbres acumulando la fortuna en un pequeño número de manos, y aumentó el precio de la mano de obra. Florencia buscó una compensacion á sus pérdidas instituyendo una universidad (1349), y poco después á instigacion de Boccaccio, una cátedra de griego, la primera que se estableció en Occidente (1360). Pudo asegurar su dominacion en Prato; y para defender á Pistoya contra los Visconti, que dominaban en Bolonia, le dejó su independencia bajo la única condicion de recibir una guarnicion florentina.

En efecto, Juan Visconti de Oleggio, que se habia hecho señor de Bolonia, invadió los valles del Ombrone y del Bientino, y se adelantó, favorecido en sus proyectos por los Ubaldini del Mugella, por los Pazzi del valle de Arno, por los Albertini del valle de Ambra, por los Tarlati de Arezzo; pero Siena, Perugia, Arezzo se unieron á Florencia para defenderse hasta que se concluyó la paz en Sarzana por la mediacion del arzobispo y señor de Milan.

La sumision de Florencia á Carlos IV (1355) fué para aquella ciudad un accidente sin otra pérdida que la de los 100,000 florines con que pagó la confirmacion de sus privilegios; y para las demás ciudades, no hubo otro resultado que reanimar las disensiones interiores. Después de la marcha del príncipe, las rivalidades renacieron dentro

(7) Juan Villani, dice, hablando de la quiebra de cuatrocientos mil florines hecha por los Escali: «Fué para los florentinos mayor desastre, esceptuando la vida de las personas, que el de Altopacio.» X, 4.

y fuera empeoradas por la intervencion de las bandas mercenarias.

Florenia, que era el brazo derecho del partido güelfo y de la Iglesia, acreditó á veces una honrosa franqueza en las cosas eclesiásticas. El inquisidor fray Pedro de Aquila, soberbio y codicioso de dinero, habia recibido poderes del cardenal español Barros (1346), para encargarse del cobro de doce mil florines de oro que eran debidos á este prelado por la compañía Acciaoli, declarada en quiebra. Aunque con el beneplácito de la señoría se le dió una fianza suficiente para esta suma, mandó á los esbirros del Santo Oficio que prendieran á uno de los socios de la compañía. Siguióse á esto un tumulto: el preso fué arrancado de manos de los esbirros, que fueron desterrados por la señoría despues de habérseles cortado las manos. Furioso el inquisidor, se retiró á Siena, desde donde fulminó el entredicho sobre los priores y el capitan de Florenia. De resultas apelaron al papa denunciando además otros abusos del inquisidor, quien en el curso de dos años habia sacado á los ciudadanos 7,000 florines, dando el caracter de herejía á cada palabra grosera ó á cualquier espresion poco decorosa, y el pontífice, enterado de todo, anuló aquella censura. Entonces decidió el concejo, en conformidad de lo que ya se practicaba en Perugia y en España, que ningun inquisidor pudiera imponer pena alguna fuera de las de su oficio, ni pronunciar una condena pecuniaria, ni tener cárcel particular. Se prohibió á los magistrados que le proporcionaran alguaciles, y que prendiera á nadie sin el consentimiento de los priores. Luego, como Pedro de Aquila habia permitido el uso de las armas á mas de doscientos cincuenta ciudadanos, permiso del cual sacaba una renta anual de más de 1,000 florines, se estableció que el inquisidor no pudiera tener cerca de sí á más de seis familiares armados, ni dar á más de otros seis una autorizacion semejante: á doce fueron reducidos los del obispo de Florenia, y á seis los del obispo de Fiésola. El eclesiástico que ofendiera á un seglar criminalmente, quedase sujeto á la jurisdiccion del magistrado ordinario sin escepcion de dignidad, así como sin contemplaciones á los privilegios pontificios.

No habian cesado los florentinos de suministrar tropas al legado Albornoz para domeñar á la Romaña y poner freno á la Gran Compañía (1358); pero el legado concluyó por separado la paz con aquellos aventureros, y dejó á Florenia espuesta á los ataques de tan temibles contrarios. Afortunadamente la llegaron socorros de muchos señores fatigados de aquella tiranía á mano armada, y obligó al conde Lando á la fuga. Esta guerra dió el último golpe á los feudatarios del Apenino, que de capitanes de los antiguos marqueses se habian hecho independientes, y quedaban como un vestigio de las antiguas costumbres de Germania. Entre ellos figuraba en primera línea Saccone de Tartari, quien desde la ciudadela de Pietramala,

dirigió á los gibelinos de toda la Toscana, hasta el momento en que murió casi centenario en 1350. Los condes de Gherardesca se sometieron á Florenia, la cual les constituyó vicarios de Bibbona, y de catorce castillos en la marisma. Los Gambacorti pusieron bajo el dominio de ella á Bientina: los condes Alberti de Mangona Cerbaya: los Spineta á Fivizzano: los Ficasoli la recomendaron el castillo de Frollo: los condes de Fatifolle le rindieron los castillos de Felforte y de Gataya; ejemplo que fué seguido por los condes Dovadola. Los Ubaldini, ricos en tierras y castillos en el valle del Senio y en el vicariato de Firenzuola, desde donde habian descendido muchas veces armados contra Florenia, batidos á la sazón por fuerzas superiores, la abandonaron catorce castillos de que eran dueños todavia; y esto proporcionó una ocasion de triunfo á Tomás de Treviso, entonces capitan del pueblo. Ya no podian mantenerse los castellanos desde el momento en que descuidando la Italia los emperadores, dejaban que se fomentase allí la influencia popular, y á la ciudad que se desarrollara, pues no se habian sostenido hasta entonces mas que prestando asilo y ayuda á los desterrados.

La ocupacion de Volterra, á la cual libertaron los florentinos de la señoría de Focchino Belforti, les produjo una nueva guerra con Pisa. Quisieron quitarla su comercio, y para ello hicieron puerto á Talamon y establecieron el depósito principal en Siena para demostrarla que podian pasarse sin ella para su tráfico mercantil tanto por mar como por tierra. Entre tanto en Pisa estaban vacias las casas, los almacenes y las hospederias; los caminos sin viajeros, el puerto sin naves, la ciudad solitaria cual una miserable aldea, y de señoría que era de los mares, pudo por mar ser combatida por su rival del Mediterráneo. En lo interior de sus muros se habian formado dos nuevas facciones, la de los Bergolini, compuesta de vecinos que tenian por jefes á los Gambacorti, y la de los Raspanti que gozaban de mal renombre por haber robado mientras tuvieron el gobierno. Envenenaronse los odios y produjeron la tiranía que pasó alternativamente de uno á otro bando. Los Visconti de Milan, que no cesaban de aspirar á dominar en Toscana, á fin de arruinarla con las luchas intestinas, favorecieron á los Raspanti, instigadores de la medida que habia quitado á los florentinos sus prerogativas comerciales, é impulsadores á la sazón de la guerra. Los Visconti enviaron á Juan Acuto en socorro de Pisa (1362), pero la rapacidad de las tropas que mandaba, la peste que se declaró de nuevo y la derrota de San Sabino, festejada todavia en Florenia con el manto de san Victorio, redujeron á la situacion más crítica á los pisanos (8). No pudiendo pagar

(8) Aquí termina la relacion continuada por los tres

el último plazo debido á los aventureros, proclamaron por dux á Juan Agnello, su conciudadano, quien satisfizo su deuda con el dinero que le suministró Bernabé Visconti, de quien se titulaba lugar-teniente. Como el dictador tenia interés en hacer la paz, fué celebrada bajo la condicion de que se restituirian á los florentinos sus franquicias en el territorio de los pisanos, las conquistas hechas en su propio territorio y los prisioneros, sin contar 100,000 florines de indemnizacion de guerra.

Liga de Viterbo.—A la vuelta de Carlos IV intervino Florenia para apaciguar á los nobles y á los vecinos de Siena, y el emperador estuvo á punto de ser asesinado dentro de esta ciudad. Le indujeron los florentinos á que restituyera el gobierno de Pisa á Pedro Gambacorti, con la cual concluyó un tratado de paz. Tambien prestó 300,000 florines á Luca á fin de que se redimiera de este emperador, y así pudo oponer un dique á Bernabé Visconti, poniéndose á la cabeza de todos los güelfos de Toscana. Pero el francés Guillermo de Noellet, legado del papa, intentó á favor de la carestia que reinaba entonces, apoderarse de la Toscana, y empujó hácia ella á la banda blanca de Juan de Hawkwood. Indignada Florenia al verse vendida por aquellos á quienes habia auxiliado con tanta lealtad como constancia, compró la inaccion de este capitan mediante cincuenta mil florines, y atizó inmediatamente el incendio en la Romaña, prometiendo su apoyo á todo el que se rebelara contra la Santa Sede (1375). Siena, Luca, Pisa se reunieron á ella, así como Bernabé Visconti. Los *Ocho de la guerra*, á quienes se llamaba entonces los *Ocho santos patronos*, hicieron marchar el ejército bajo una bandera que tenia *libertad* por divisa, y le enviaron tanto á Roma como á los demás países dependientes de ella. En menos de diez dias ochenta ciudades ó aldeas de la Romaña y de la Marca de Ancona, Espoleto y hasta Bolonia, sacudieron el yugo de los tiranos eclesiásticos para constituirse independientes, ó volver á llamar á las antiguas familias desposeidas por el cardenal Albornoz. El papa citó á los florentinos para que compareciesen en su presencia; y no queriendo ser religiosos en de-

trimento de la libertad (9), enviaron á Aviñon tres embajadores, quienes sostuvieron su causa con desusada firmeza.

De consiguiente fueron escomulgados (1376) y todos fueron invitados á apoderarse de sus haciendas y de sus personas. Pero volviéndose Donato Barbadori hácia la imágen de Cristo, apeló al Señor de esta sentencia injusta, exclamando con el salmista: *No me abandones, tú que eres mi apoyo, porque mi padre y mi madre me han desamparado*. Todos aquellos de sus compatriotas que se encontraban en Aviñon y en otras partes para asuntos de comercio, se vieron obligados á ausentarse: el rey de Inglaterra se aprovechó de esta coyuntura para apoderarse de los bienes de todos los florentinos que se hallaban en su reino, y para reducirlos á la condicion de siervos. Acuto entró á sangre y fuego en las ciudades rebeldas: Roberto de Ginebra, nuevo legado, hizo venir de Francia á una de las bandas más feroces, teniendo al breton Juan de Malestroit á su frente. Habiendo preguntado el papa á este capitan si creia poder penetrar en Florenia, le dijo: *Ciertamente: si es que el sol entra*: amenazaba á los boloñeses diciéndoles que se habia de lavar los piés y manos con su sangre, y en el saqueo de Cesena gritaba: *Sangre, quiero sangre; degolladlos á todos*; grito horrible y más horrible todavia en la boca de un legado del pontífice. En esta infeliz ciudad que estuvo tres dias abandonada al furor de aquellas tropas, se encontraron cinco mil cadáveres cuando se reedificó; debiendo tomarse en cuenta los que perecieron en el fuego y corridos por los perros; los demás fueron de pueblo en pueblo mendigando su sustento, viéndose entre ellos las viudas mancilladas y hambrientas que movieron á compasion hasta al feroz Acuto.

Santa Catalina, 1347-80.—Por ésta época Catalina, nacida en Siena de un padre pintor, despues de haberse consagrado á las austeridades, habia empezado á tener revelaciones y comunicaciones con los espíritus celestiales; un dia Cristo la permitió chupar la llaga de su costado: otro dia la cambió su corazon por el de ella; hasta se desposó con ella de una manera solemne, entregándola el anillo que conservó de continuo en su dedo y que veía con las señales de la Pasion ella sola. Son narrados estos milagros y otros muchos por su confesor Raimundo de Cápua, quien creyó por largo tiempo que podian ser ilusiones de una imaginacion piadosa; pero adquirió pleno convencimiento cuando vió el juvenil rostro de Catalina trasformarse en el del Redentor (10). Recurrieron los florentinos á la santa á fin de que ablandara al

Villani, historiadores preciosos á quienes no podria suplir otro alguno.

Juan Calvacanti cuenta que cuando se pagaron á Acuto grandes cantidades, separó seis florines y los regaló á Spinello Alberto (natural de Luca) que era tesorero, en recompensa de sus servicios. Spinello le manifestó su gratitud, y volviendo á Florenia, se apeó á la puerta del palacio de la ciudad; contó á los señores cuanto creyó conveniente, y les entregó su repleta bolsa, diciendo: *Enviadla á la Cámara, acompañada de una cédula en que conste que la entrego al entrar en el concejo*. Así se hizo, y Spinello envejeció en el destino de tesorero, y á su muerte no se encontró en su casa ni aun el lienzo necesario para envolver su cuerpo. *Estat. Flor.* t. II, app. pág. 491-93.

HIST. UNIV.

(9) Los florentinos *religionis timorem ponendum esse censebant, ubi is officeret libertatem*. POGGIO BRASCIOLINI, III, 223.

(10) BOLLAND, 30 de abril, AUG. HAGEN.—*Die wunder der h. Catharina von Siena*. Leipzig, 1840.

T. VI.—55